

A 25 Años de la Fundación

Lección Inaugural: La Academia de Platón

Por diversas razones, algunas de las cuales se presentan a continuación, me ha parecido especialmente apropiado que la primera actividad académica de la Universidad Francisco Marroquín sea una disertación sobre la Academia de Platón. Unas son razones de carácter histórico. Como es bien sabido, la Academia fue la primera universidad occidental y la precursora de las universidades medievales y modernas. Además, estudiosos de la historia del pensamiento europeo consideran que la fundación de la Academia constituye uno de los acontecimientos más importantes para el desarrollo de la filosofía y la ciencia occidentales.

Otras son razones un tanto personales. He creído, y sigo creyendo, que el espíritu de la filosofía de Platón y de la Academia por él fundada, pues no es posible separar

la una de la otra, está más próximo al espíritu de la filosofía y de la ciencia más avanzadas de nuestro tiempo que la orientación de otras filosofías y escuelas, de manera que ese espíritu también está más próximo al quehacer de las universidades contemporáneas. Fue parte muy importante de la descripción que Platón hizo del progreso humano hacia el conocimiento de la realidad la búsqueda de un principio generalísimo del cual fuera posible deducir todos los otros principios. El hablaba de la idea del Bien como la meta suprema del intelecto humano y que, una vez alcanzada, el intelecto podía descender con toda facilidad pasando de principios fundantes a principios fundados hasta llegar a la experiencia elemental de los sentidos. Este ascenso y retorno corresponden al ideal de la ciencia contemporánea de unificar distintas teorías en una teoría básica.

Otras son razones que podemos llamar institucionales. Nuestra naciente universidad participa de la orientación docente de la Academia, en el sentido de que también nosotros creemos que es sólo por medio de la libre discusión y análisis que los estudiantes pueden formarse en las diferentes disciplinas; y participa de la aspiración de la Academia de poder

Lección dictada en el acto de inauguración de la Universidad Francisco Marroquín, el 15 de Enero de 1972. Rigoberto Juárez-Paz (B.Sc., Indiana University, M.A. y Ph.D., University of Minnesota) fue profesor de filosofía de la Universidad de San Carlos de Guatemala (1961-83), y es actualmente Vice-Rector Emeritus de la Universidad Francisco Marroquín.

formar y ofrecer a la República hombres y mujeres capaces de ser sus dirigentes.

Limitaré mi exposición a tres preguntas respecto a la Academia de Platón, a saber: ¿Qué se enseñaba en la Academia? ¿Cómo se enseñaba? y ¿Qué fines se perseguían?

I

No son muchos los datos históricos que poseemos acerca de la Academia. Sabemos que fue fundada en la casa de Academos cuando Platón tenía cuarenta años de edad, es decir, en el año 388 a.C., pues nació en 428, y poco después del primer viaje que hiciera a Sicilia. (A estos viajes me referiré más adelante). Que Platón la dirigió durante los restantes cuarenta años de su vida y que a su muerte, ocurrida en el año 348, le sucedió en el cargo Speusippus. Otro dato importante es que Aristóteles ingresó en la Academia en el año 367 y que estudió ahí hasta la muerte de su maestro, pues el nuevo rector, según el testimonio del mismo Aristóteles, deseaba “reducir la filosofía a la matemática” y Aristóteles no compartía esa orientación. Un dato más, que cobrará cierta importancia al final de mi exposición: La Academia era un centro no sólo de filósofos y matemáticos sino también de legisladores (hermeias) y de consejeros políticos¹ cuya experta opinión era frecuentemente solicitada. Pero aún cuando los datos históricos que poseemos acerca de la Academia no son abundantes, el hecho no es muy importante para mis presentes propósitos, pues para responder a las tres preguntas que ya he formulado sí contamos con información suficiente.

¿Qué era, pues, lo que se enseñaba en la Academia? Una respuesta completa a

esta pregunta requeriría que se hiciera una exposición de toda la filosofía platónica, lo cual resultaría imposible en estas circunstancias. Pero aun limitando la respuesta a ciertos aspectos fundamentales de dicha filosofía es preciso distinguir diversas clases de doctrinas. Unas son doctrinas fundantes, en el sentido de que las demás descansan sobre ellas. Si una doctrina fundante es falsa también lo serán las que están lógicamente basadas en ellas. Dentro de las fundadas es preciso distinguir entre las doctrinas generales y las específicas, y por último hay enseñanzas que no están explícitas en los textos pero que no por ello son menos importantes.

Examinemos una importante doctrina fundante que si bien es lógicamente anterior, es temporalmente posterior. La doctrina puede expresarse así: El no-ser sí puede ser pensado, pues es equivalente a la diferencia. ¿Por qué le interesaba a Platón establecer que el no-ser sí puede ser pensado y qué significación tiene el establecerlo? La razón es ésta: Algunos sofistas sostenían la tesis de que todo el pensamiento es verdadero o, lo que es peor aún, que no puede haber pensamiento falso. Ahora bien, si todo el pensamiento es verdadero, ¿qué sentido puede tener la investigación científica y filosófica? Si se niega la mera posibilidad de distinguir lo verdadero de lo falso se reduce al absurdo todo el esfuerzo intelectual del hombre y se destruyen todas las distinciones características del análisis del conocimiento humano. La tesis de esos sofistas descansaba sobre el siguiente argumento:

Quien piensa en forma verdadera piensa lo que es.

Quien piensa en forma falsa piensa lo que no es.

Pero quien piensa lo que no es no puede estar pensando, pues siempre que pensamos, pensamos acerca de algo, de lo que es.

De manera que el pensamiento falso es imposible.²

Estoy convencido de que si hubiera tiempo de hacer un ensayo socrático con los presentes, muchos verían con facilidad que el argumento en referencia es un mal argumento. Un argumento lógicamente truculento. Pero Platón, pese a su extraordinario genio, tuvo grandes dificultades para resolver el problema que planteaba la tesis de los sofistas.

La solución platónica, reducida a simples términos, es la siguiente: Vosotros los que sostenéis que el pensamiento falso es imposible, estáis en un simple pero grave error. Vosotros creéis que pensar falsamente es pensar lo que no es, cuando la elemental realidad es que pensar falsamente es sólo pensar algo *diferente* de lo que es. Si alguien creyera que el árbol que veo a mi derecha es un ciprés, estaría pensando algo que no es, pues un eucalipto evidentemente no es un ciprés. Si creyera que es de noche y *tiritan azules los astros a lo lejos* estaría pensando acerca de algo que no es, en el sentido de que es diferente de lo que es y no en el sentido de que nada sea objeto de mi pensamiento.

Decían los sofistas, ¿cómo es posible afirmar de algo que no es? Muy fácil, respondía Platón, pues afirmar el no-ser de algo equivale a atribuirle la diferencia. Pero, ¿cómo es posible que el no-ser sea?³ Muy fácil, el no-ser es la diferencia y ¿cómo es posible que el ser no sea? También es muy fácil: el ser no es la identidad, ni el reposo, ni la diferencia, ni el movimiento. De modo que el no-ser no sólo sí puede ser pensado sino que es absolutamente necesario que lo sea, pues

sobre dicha posibilidad descansa la posibilidad de conocer la realidad.

Esta es una doctrina fundante, lógicamente anterior, pero en el desarrollo de la filosofía de Platón es una doctrina tardía, pues aparece en obras como el *Teeteto* y el *Sofista* que corresponden a la Academia que conoció Aristóteles, es decir, a la Academia que ya tenía veinte años de estar funcionando.

Otras son doctrinas fundadas, como las siguientes; que, a su vez, son fundantes de otras:

A) La realidad no se agota en el mundo que se da en la experiencia sensible, la experiencia de los sentidos. Hay una realidad trascendente que es fundamental en dos aspectos: esa realidad trascendente ha dado el Ser a lo que hay, y además, hace posible el conocimiento de lo que hay. El mundo de nuestra experiencia ordinaria es una pálida imagen de la realidad trascendente o, como lo expresaba el mismo Platón, “es una imagen móvil de la eternidad.”

B) De lo anterior se sigue que el conocimiento humano, que por definición es captación de lo real, no puede consistir en la percepción del mundo de objetos, del mundo material, pues ese mundo es real por derivación o reflejo, sino en la intelección del mundo trascendente.

C) Puesto que el intelecto humano no puede llegar a conocer ese mundo real en toda su perfección mientras sea prisionero de su cuerpo, el filósofo no concibe la muerte como una desgracia sino como la realización de la esperanza de poder acercarse a esa realidad.

D) La virtud es conocimiento. Quien sabe qué es lo que debe hacer tiene todo lo que es necesario y suficiente para vivir la vida propia del hombre.

E) La esperanza del mundo radica en la unión de la ciencia y el poder político. "No habrá fin a los males de los hombres sino hasta que o los que buscan una filosofía recta y verdadera llegan al poder en los estados o aquellos que tienen el poder por gracia de la providencia llegan a ser verdaderos filósofos."⁴

F) Sociedad justa es aquella en que toda la sociedad está unida para proteger a cada individuo⁵ y en la cual cada uno está dedicado al trabajo que la naturaleza y la educación le señalan.

II

¿Cómo se enseñaban estas doctrinas? Se enseñaban por medio del diálogo vivo o escrito. El diálogo platónico tenía la siguiente estructura general. Un interlocutor presenta una tesis, en la mayor parte de los casos una tesis que es aceptada o que es parte del clima intelectual. Si la opinión es considerada valiosa por el director de la discusión, él trata de refinarla, generalizarla y darle bases filosóficas. Tal es el caso de la creencia popular en la reencarnación. Esta creencia es tomada como punto de partida del diálogo *Fedón*; y después de haberla refinado y sometido a una severa prueba de argumentos críticos presentados por otros interlocutores, es la base de la demostración de la inmortalidad del alma.

Si, por el contrario, el director del diálogo considera que el punto de partida es falso, el procedimiento es distinto: en este caso el director trata de derivar la contradictoria de esa tesis y de obligar al que la sostiene a sostener una de las dos: o la tesis original o su contradictoria, que también ha sido aceptada por el interlocutor. Otro método consiste en derivar

de la tesis original otra proposición que también es aceptada. Luego se trata de mostrar que la proposición derivada es falsa y demostrar así que la proposición original es falsa, pues no puede ser verdadera una proposición que necesariamente implique una proposición falsa.

Tiene interés señalar que el diálogo platónico es algo muy diferente de lo que se mienta cuando en nuestros días se dice que el diálogo es urgente. El diálogo platónico es un método para descubrir verdades filosóficas, que se apoya en la evidencia de la consecuencia lógica. Es un diálogo al cual se llega en busca de la verdad. No es pues, un diálogo que se apoya en la factibilidad política ni persigue hacer arreglos o llegar a entendidos. Es un diálogo de búsqueda, de comprensión y no de entendimiento entre individuos o grupos en pugna.

Con relación al método platónico Gilbert Murray ha escrito un párrafo que deseo someter a consideración. Dice así:

Ha sido correctamente observado por Zeller que la gran debilidad de todo pensamiento clásico, sin exceptuar el pensamiento socrático, era que en vez de recurrir al experimento objetivo recurría a un sentido subjetivo de propiedad o corrección. Hubo excepciones, desde luego—Demócrito, Eratóstenes y, en buena medida, Aristóteles—. Pero, en general, había una fuerte tendencia a seguir a Platón en el supuesto de que los hombres pueden resolver problemas por medio del recurso a su conciencia interna. Un resultado de esto fue, sin lugar a duda, el poner demasiado énfasis en el simple acuerdo. Es obvio, cuando uno piensa acerca de ello, que frecuentemente un gran número de

*personas que nada saben acerca de una materia estarán todas de acuerdo y todas estarán equivocadas. Sin embargo, aun los más radicales filósofos estaban inconscientemente dominados por el argumento ex consensu gentium.*⁶

Si la caracterización que he hecho del diálogo platónico es correcta — y su corrección puede ser comprobada por cualquier lector atento de Platón — el párrafo que he transcrito es verdadero sólo a medias. Es muy claro que el diálogo platónico no recurre a un “sentido subjetivo de propiedad o corrección” sino a un sentido objetivo de corrección lógica.

La mente de Platón era una mente de orientación lógico-matemática, de modo que era natural que sus diálogos consistieran en buena parte en deducir consecuencias de proposiciones aceptadas como verdaderas. Si aceptamos la proposición **P** como verdadera y de esa proposición se sigue lógicamente una proposición **Q**, que los interlocutores aceptan como falsa, estarán lógicamente obligados a admitir que la proposición inicial **P** también es falsa, pues una proposición verdadera no puede tener consecuencias falsas.

Por otra parte, es cierto que el establecimiento de la verdad o la falsedad de las proposiciones en discusión no se hacía por medio de experimentos objetivos sino por medio del análisis del pensamiento ordinario de las gentes reflexivas de ese tiempo. Pero, ¿por qué ha de ser esto una gran debilidad? ¿A qué experimento objetivo podríamos recurrir nosotros para establecer cuál es el mejor tipo de vida para el hombre? ¿Qué experimento objetivo podría iluminarnos para averiguar la naturaleza del pensamiento lógico o matemático o filosófico?

Si el no poder recurrir a experimentos objetivos para establecer ciertas verdades es una debilidad, esa debilidad consiste en que esas verdades no son verdades empíricas sino de otra índole. ¿Hay algún experimento objetivo — mejor aún —, puede haber un experimento objetivo por medio del cual se pueda decidir cuál es nuestro deber? Si la prueba del experimento objetivo fuera el único método idóneo para la averiguación de la verdad, sería preciso que elimináramos de la actividad cognoscitiva del hombre la matemática, la lógica y otras disciplinas.

III

¿Para qué se enseñaba en la Academia? En primer lugar para enseñar las doctrinas del Maestro, enseñanza que consistía en la discusión rigurosa de diversos temas. Aristóteles ha dejado testimonio de esa libertad de discusión. Pero también se enseñaba con la idea de preparar hombres que, si se eran llamados, podrían servir a su país en una forma eficiente.

Anteriormente he afirmado que la Academia de Platón fue la primera universidad del mundo occidental y que dicha Academia estaba inspirada en la creencia de que la esperanza del mundo residía en la unión de la ciencia y el poder. Pues bien, antes que Platón fundara la Academia existió una escuela superior fundada por Isócrates, un contemporáneo de Platón, que también aspiraba a preparar a los jóvenes para cargos públicos.

Pero la escuela de Isócrates era anti-académica. Su fundador compartía la idea generalizada en aquel tiempo — y que no está ausente en el nuestro — acerca de que la ciencia no sirva para nada y, por

consiguiente, que la formación no había de ser científica sino práctica. Isócrates se ufanaba de entrenar jóvenes proveyéndolos de opiniones o puntos de vista y de la destreza necesaria para expresarlos de la manera más persuasiva. En otros términos, se ufanaba de preparar oradores políticos.

La Academia, por otra parte, estaba orientada por la creencia de que era a través del entrenamiento científico riguroso que podrían formarse hombres capaces de servir a su sociedad, si la sociedad requería de sus servicios. Era la formación científica lo que se perseguía. En el diálogo *La República* Platón dedica mucho espacio a la educación de los que habían de dirigirla; y se refiere a la necesidad de que la sociedad obligue a estos hombres a que ocupen cargos de dirección, pues él creía que después de haber recibido la formación matemática y filosófica que él sugería, no habría nadie que quisiera cambiar esa tranquila vida contemplativa por la tumultuosa y peligrosa vida de los cargos de dirección pública.

Ya he sugerido que de la Academia egresaron gobernantes, matemáticos, legisladores y expertos en cuestiones de Estado. También me refería al principio a los viajes que Platón hiciera a Sicilia. Pues bien, Platón fue el primer gran consejero internacional de Estado. Hay indicios de que el primer viaje que hizo por el sur de Italia y Sicilia lo realizó en vías de estudio y en busca de datos que pudiera utilizar para la organización de la Academia. Pero en esta ocasión entró en contacto con los gobernantes de Siracusa y éstos, años más tarde, en dos ocasiones requirieron de su presencia para orientarlos y educarlos.

Cuando Platón recibió la invitación del rey Dionisio para visitar Sicilia en 367, meditó largamente si debía o no ir, y por fin, "la balanza se inclinó a favor de la idea de que si alguna vez alguien tratara de llevar a la práctica mis ideas, esta era la oportunidad para hacer el intento, pues si pudiera convencer plenamente a un solo hombre por ese medio habría logrado realizar todas las cosas buenas. Con estas ideas en mente y resuelto a hacerle frente a la situación me embarqué impelido, fundamentalmente, por un sentimiento de vergüenza respecto de la posibilidad de que algún día apareciera ante mí mismo como un hombre sólo de palabras, incapaz de actuar por propia iniciativa."⁷

Esperamos que nuestra Universidad llegue a parecerse más a la Academia de Platón que a la Escuela de Isócrates.

Notas

¹Great Books of the Western World, **Plato**, p. v.

²*Teeteto*, St. 166-68.

³*Sofista*, St. 245-60.

⁴*Platón*, VII carta.

⁵*República*, St. 578

⁶Gilbert MURRAY, *Five Stages of Greek Religion*, Anchor, p. 124.

⁷Great Books of the Western World, **Plato**, p. 802.